

EDITORIALES

EN HONOR DE FINLAY

Cada día se van comprendiendo mejor, no sólo la grandeza del Dr. Carlos J. Finlay, sino la trascendencia de su descubrimiento, y *pari passu*, aumentan merecidamente los tributos a aquel hombre bueno y sabio, cuya capacidad enciclopédica ha descrito Guiteras con tanto amor y justicia. Panamá pone uno de sus mejores laboratorios bajo el patrocinio del ilustre cubano; Uruguay envía una placa, ya apropiadamente colocada en la Academia donde Finlay brillara tanto y expusiera repetida y convincentemente su doctrina; y Cuba, su propio país, además del monumento alzado en el Parque Finlay, le dedica una Orden y un Instituto,¹ en tanto que, al unísono, las 21 Repúblicas Americanas, en su reciente reunión en la Habana, proclamaron solemnemente:

Que como un homenaje de admiración, se reconozca el descubrimiento realizado por el Dr. Carlos J. Finlay, de la Habana, sobre el medio de transmisión de la fiebre amarilla, y se proclame el mérito que le corresponde por ese genial descubrimiento; por haber sentado las bases para la profilaxis de la fiebre amarilla, y haber sido el primero en anunciar, apoyado en pruebas experimentales, la doctrina científica de la transmisión de enfermedades de hombre a hombre, a través de un agente intermediario.

Fué precisamente durante la Sexta Conferencia Americana Internacional que uno de los delegados de los Estados Unidos, uno de los tres médicos que asistieran en tal calidad a la conferencia, el Dr. Ray Lyman Wilbur, presidente de la Universidad de Stanford, diera voz, en las ceremonias celebradas en la Secretaría de Sanidad y Beneficencia, a los sentimientos abrigados por muchos, al decir que los conocimientos relativos a la transmisión de la fiebre amarilla, junto con los adquiridos acerca del dominio del paludismo, la peste, el cólera, la tifoidea, y la viruela, habían hecho más que nada para labrar el porvenir de nuestra raza en este hemisferio, siendo Finlay uno de los precursores que, mediante la observación cuidadosa y detenida, ven el camino que cruza la selva de lo conocido y lo desconocido, por poseer lo que Pasteur llamara "la mente preparada," pues de otro modo no hubiese podido ser uno de los que trazó la vía que otros convirtieron después en carretera segura.

Para poner aun más de relieve la fase, no digamos internacional, sino netamente panamericana del acontecimiento, hablaron después los otros dos médicos que figuraban en las delegaciones políticas. El Dr. José Azurdia, de Guatemala, hizo notar que la intervención de los insectos, por medio de su picadura, en la transmisión de las

¹ La Secretaría de Sanidad y Beneficencia de Cuba acaba de dedicar a Finlay un número de su boletín oficial *Sanidad y Beneficencia*.

enfermedades, arrojó a los pies de la higiene preventiva el armamento para combatirlas y vencerlas, sin que quedara la victoria encerrada en los campos de batalla de la fiebre amarilla, sino que se ha extendido a los del tifo exantemático, de la enfermedad del sueño y de la peste bubónica. El Dr. R. Gutiérrez Lee, de Colombia, levántose, a su vez, a preconizar la importancia de la actuación de Finlay para el porvenir de todas los países tropicales, y aún del mundo entero. No podía faltar en tan solemne ocasión la voz de la sanidad cubana, y dióle expresión el actual Secretario, Dr. Francisco María Fernández, quien recordó que Finlay ya tiene concedido el honroso título de ciudadano de América y del mundo entero, de cuya gloria, ya reconocida plenamente, es imposible que el recelo o la ignorancia puedan restar ni un ápice.

Guiteras, en su bosquejo biográfico, resumió muy bien la obra de Finlay, al decir que descubrió que la fiebre amarilla se transmitía por la picadura del mosquito, y que inventó un método seguro para la extinción de la enfermedad. En términos más generales, esa obra posee una significación aun mucho mayor, y cuya trascendencia se va percibiendo cada vez más claramente. La doctrina de Finlay, al ser confirmada por la Comisión Americana en la Habana y puesta después en práctica tan brillantemente primero en Cuba y luego en el Canal de Panamá, constituye una efeméride, pues señala la fecha en que la higiene pasa en gran escala del laboratorio a la vida práctica y empieza a forcejear abiertamente y a fondo con todos los grandes flagelos epidémicos y endémicos.

Es por eso, por ese gran alcance de los trabajos del ilustre camagueyano, que ahora,² otro médico estadounidense propone a sus compañeros que coloquen, sin más tardar, una lápida que apunte a los que pasen por Camaguey, el sitio que una vez amparara el humilde edificio donde se abrieran a la luz del día los ojos del higienista antillano.³ Tal proposición encontrará, por supuesto, un eco favorable no solamente en los Estados Unidos, como pensara su iniciador, sino en toda la América Latina, y podríamos decir en el mundo entero, que tanto se beneficiara de las ideas de Finlay. El BOLETÍN la apoya con todas sus fuerzas, creyendo que la empresa de colocar un recordatorio, lápida, monumento o lo que mejor pareciere, después de meditada la cosa, en el sitio donde naciera Finlay, debe revestir un cariz pura pero ampliamente panamericano.⁴ Honor a quien todo honor merece!

² Ruhrah, J.: Jour. Am. Med. Assn. 90. 1497 (mayo 5) 1928.

³ El antiguo hotel ha sido derribado, pero quedaba en la Plaza que ostenta el nombre del viejo amigo de Martí y periodista simpatizador de Cuba, Charles A. Dana.

⁴ Gracias a la generosidad del actual Secretario de Sanidad y Beneficiencia, Dr. Francisco M. Fernández, la Oficina Sanitaria Panamericana se honra con la posesión de un magnífico retrato del Dr. Finlay, el reproducido en nuestro número anterior.